

DURANGALDEA 2027 • LOS CABALLOS ROJOS DE ASKONDO
PATRIMONIO EN PELIGRO • DURANGOKO EMAKUMEEN KARTZELA



astola

ikerketa eta historia

DURANGALDEKO URTEKARIA

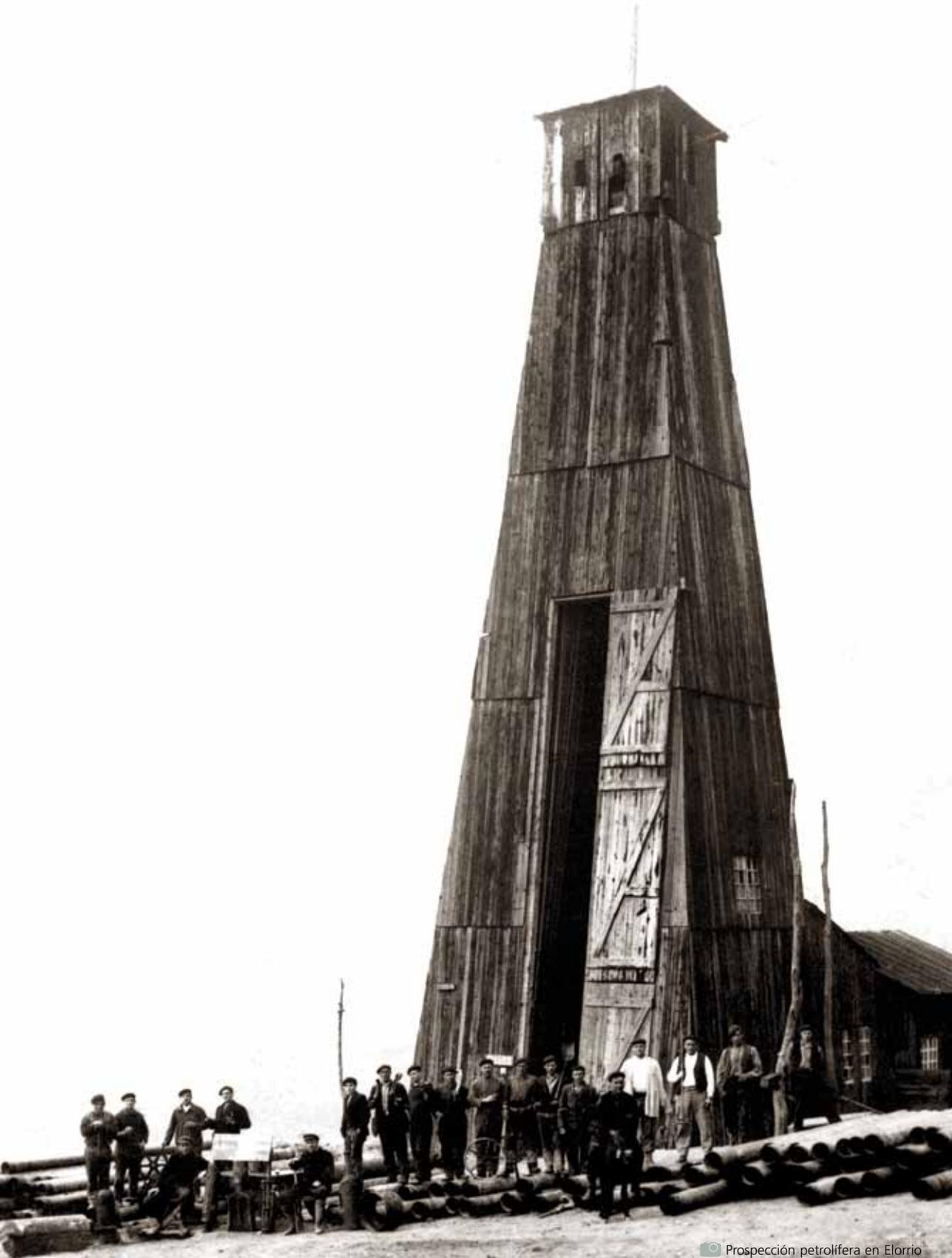
5.zk 2011 5€

TEXTO: LOREA MADINA
FOTOS: ARCHIVOS LUIS MADINA Y A.G.A.

LOS TESOROS OCULTOS DE ELORRIO



Se veía de lejos que no eran oriundos de la villa. Les delataban sus enormes bigotes rubios, sus ojos azules, sus ropas de buen paño y sobre todo su extraña lengua. Habían arribado al pueblo requeridos por el boticario, José María Goikoetxea Alzuaran, que, además de hombre ilustrado, sucumbió a la fiebre del petróleo. En su afán por extraer este hidrocarburo del subsuelo elorriarra, convenció a las autoridades para que le concedieran la pertinente licencia. Esta le permitiría buscar crudo en una localidad, que por entonces dedicaba sus esfuerzos a la agricultura y la ganadería y que nada tenía que ver con prospecciones petrolíferas o actividades similares.



Arrancaba el siglo XX y con él toda una revolución: la de la modernización. El país se quería subir al tren que movía Europa y quería hacerlo con dignidad y autosuficiencia. Voces como la de Sanchez de Toca se habían hecho oír a través de artículos de eficientes títulos como “El petróleo: artículo de primera necesidad para nuestra economía”. En él se lanzaban soflamas contra la importación de crudo, en favor de “una autentica y verdadera emancipación de los codiciosos y corruptores acaparamientos que inutilizan el aprovechamiento económico de esta materia prima, indispensable para la creación, implantación y crecimiento en España de industrias esenciales, tanto para el fomento de la economía agraria, como de otras que pudieran germinarse”, suscribía. Por aquel entonces el petróleo estaba monopolizado por los trust internacionales Standard y Shell. Sus propietarios se repartían amigablemente la tarta que en estas lides operaban en el mercado del estado.

Corría el año 1916 y Goikoetxea Alzuaran, inventor y exportador a África de medicamentos contra el paludismo, entre otras enfermedades, intuía la necesidad de adentrarse en el proceloso mundo del abastecimiento energético. No perdió el tiempo y temiendo perder el tren, el farmacéutico pidió a los Gobiernos Civiles de Gipuzkoa y Nafarroa la concesión de las explotaciones de pertenencias minera de petróleo y derivados hidrocarbonados, en estos territorios. Trámites que se formalizaron en agosto y septiembre de 1918.

Después llegó el momento de buscar los recursos económicos con los que facturar los gastos de los

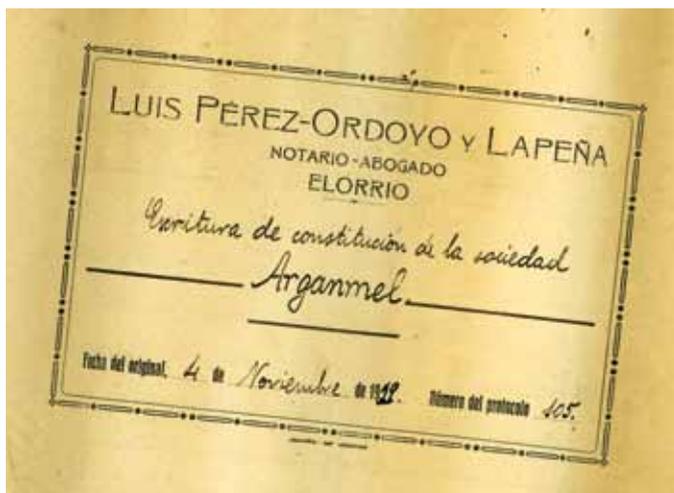
sondeos. Goikoetxea Alzuaran, hombre de gran carisma y mejor palabra, logró convencer de su propósito a Antonio Gaytán de Ayala Artazcoz, Marqués de Tola de Gaytán, Baltasar de Amezola Aspizua, Antonio de Landaburu Murgoiubiña, José María de Unzeta Berriozabal, Marqués de Casajara, Antonio de Murua Rodríguez de Paterna, Conde de Lariz y los hermanos Acillona Durañona, José Pablo y Guillermo, el primero de ellos Marqués de Acillona.

Reunidos todos ellos ante el notario Luiz Pérez-Ordoyo Lapeña, el 4 de noviembre de 1919, se escrituró la constitución de la sociedad Arganmel, con un capital inicial de 200.000 pesetas “de la época”. Dinero que invertirían los socios fundadores arriba mencionados, según recoge el acta notarial propiedad de Pilar Landaburu. Esta comunidad de bienes tendría una duración de cinco años prorrogables otros cinco.

El farmacéutico se hizo también con la confianza del vecino de Elorrio Pedro Arruabarrena. A éste le prometió un 0.5% de los beneficios obtenidos por la venta de todo lo extraído. Se sumó a este equipo de “buscadores” Luis Zarraoa oriundo del barrio Aldape.

Conformado el grupo que lideraría las primeras prospecciones, Goikoetxea Alzuaran presentó a las autoridades su plan de extracciones. Estos le dieron carta blanca para iniciar las prospecciones en un ámbito de actuación que comprendía desde el barrio de Ubera, en Bergara, hasta Gatika. De esta guisa llegaron a Elorrio los trabajadores y técnicos venidos de Bélgica, Alemania, Alsacia e incluso Rusia. Todos ellos expertos conoce-

dores de los procedimientos necesarios para acometer una empresa como la que pretendían. Una empresa en la que también se vieron implicadas fabricas de la villa como Ariño y Zubia, donde se elaboraban algunos de los componentes de la maquinaria pesada que luego serviría para las labores de perforación.



📄 Archivo Pilar Landaburu.

No quedan testigos presenciales directos de aquellos momentos históricos. Únicamente unas conversaciones grabadas a gentes de la época, hará ya más de dos décadas por Luis Madina, guardadas ahora como oro en paño. En esos tesoros en cinta cassette escuchamos a Pedro Arruabarrena decir “No eramos ilusos” recordaba casi 60 años después de se que viviera aquella gesta. Para el inversor elorriarra “Goikoetxea era un hombre muy inteligente obsesionado con la creencia de que en Elorrio había petróleo. Se dejó la piel en el empeño. Ayyyy!!!! si en Elorrio hubiera salido petróleo. Quién sabe el vuelco que habría significado para el pueblo”.

“Ayyyy!!!! si en Elorrio hubiera salido petróleo. Quién sabe el vuelco que habría significado para el pueblo”

Con aquel permiso y toda la ilusión se iniciaron los sondeos petrolíferos. No fueron los primeros de Euskal Herria, estos se emplazaron dos años antes, en 1915, en Salvatierra, Araba. Pero los de Elorrio sí fueron los pioneros en Bizkaia y Gipuzkoa. Ya hemos dicho que Goikoetxea Alzuaran era un hombre adelantado a su tiempo.



📍 Fonda La Paz, Elorrio

Empresa de titanes

Desembarcados los expertos, los casados eran acogidos en caseríos del entorno, mientras los solteros se alojaban en la “Fonda La Paz”. Un edificio de solera que se erigía en el cruce de caminos entre Elgeta y Bergara. Hoy por hoy, junto a la plaza del magnolio, al final de la calle Berrio Otxoa.

Con los recursos humanos y materiales ya en la villa, la primera intervención se emplazó en Aldape, en las cercanías del caserío Maurtu. Allí se realizaron dos sondeos. Uno de ellos realmente espectacular, provisto de una torreta de doce metros de altura y un motor propulsado a vapor, que llamaba la atención de propios y ajenos.

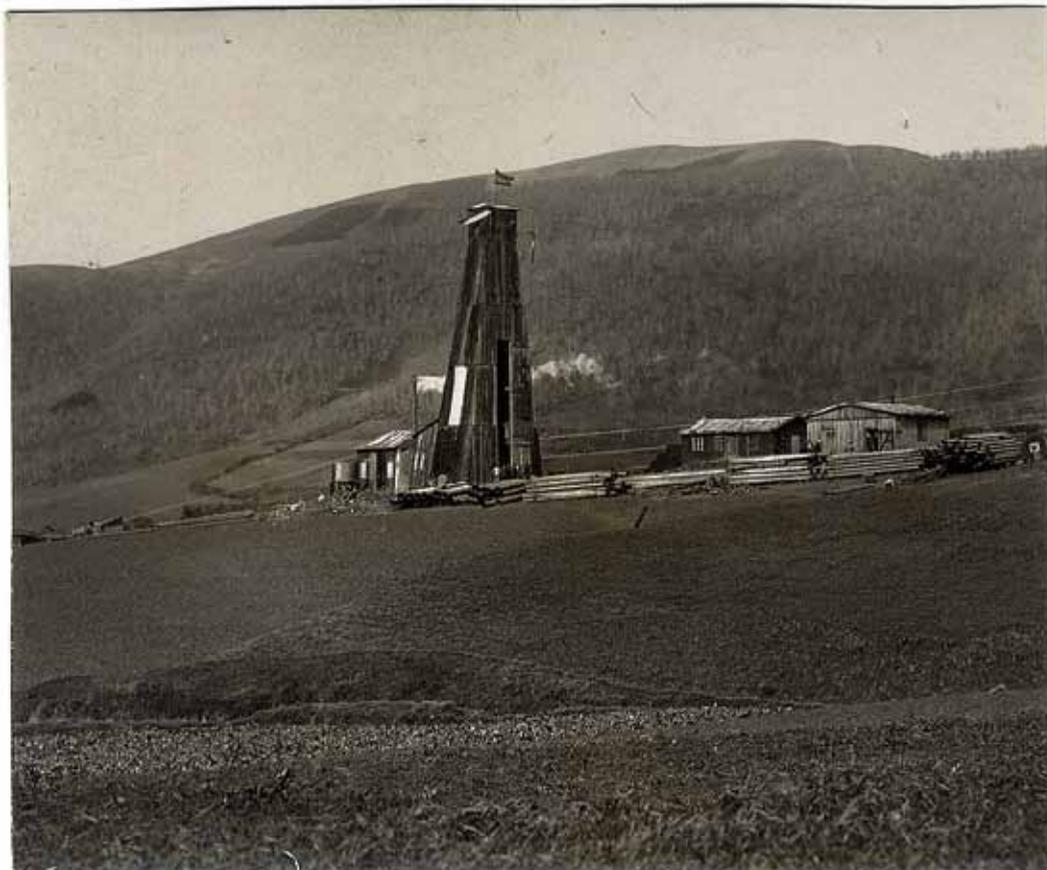
Los trabajos fueron siempre a buen ritmo. Se implantaron horarios intensivos, que se prolongaban las 24 horas del día. Las máquinas rugían a destajo, llegó a perforarse un metro diario. Los sueldos no eran malos. El jornal, dependiendo de la responsabilidad, era inmejorable: entre cin-

co y siete pesetas. Nada mal para una población que vivía del campo y la ganadería, con la venia de las empresas que poco a poco se iban implantando en el municipio. El descanso llegaba los fines de semana y las fiestas de guardar.

La intensidad del trabajo era tal que, no faltaron los momentos dramáticos en forma de accidente laboral mortal. “Un día estalló parte de la carcasa de la máquina perforadora, con tan mala fortuna que le dio en sus partes pudendas a un operario. De emergencia le trasladaron a la Clínica San Sebastián de Bilbao, donde por entonces estaban los mejores especialistas, pero no hubo nada que hacer. Al tercer día de su ingreso, falleció”, cuentan quienes entonces ni siquiera habían llegado a vestir pantalón corto y recibieron parte de la historia como si de un cuento para no dormir se tratara.

Cada uno de los metros ganados a la tierra era una victoria. Esta venía a animarse los lunes por la mañana. Entonces, como por arte de birli y birloque, en la boca del pozo aparecía manchas de crudo, que para muchos eran obra de alguien que no deseaba que esta empresa fracasara y de esta guisa alentaba el éxito de la búsqueda. Aunque al hilo de este asunto también hay quien dice que, un día como otro cualquiera, emergió del fondo de la tierra un chorro de oro negro, viscoso y tonalidades verde oscuras. Sin embargo aquello que apareció como el maná no debió ser más que un espejismo pues no volvió a vivirse experiencia similar.

Los esfuerzos titánicos de aquellos fornidos hombres, perseguidores de sueños, fueron



📍 Campamento petrolífero de Elorrio.

infructuosos. Las profundidades del suelo de Aldape se manifestaron secas. Nada brotó de aquellos pozos que llegaron a alcanzar los 300 metros de profundidad. Ahora bien, mientras los hombres dirigidos por el capataz belga seguían horadando el subsuelo, otros grupos de buscadores, incansables al desaliento, intentaban localizar oro negro en otros puntos del municipio. Así se “escarbó” en las profundidades de Argiñeta, donde los lugareños aún recuerdan el paso de los “técnicos del petróleo”, como se les conocía.

Cerrado el sondeo de Aldape, y con el apoyo fundamental de la compañía Franco Española de Petróleos, la plantilla de perforación se desplazó a Berrio. A un kilómetro en línea recta del primer pozo emplazado en Aldape. Hasta ese punto emigraron los trabajadores, que levantaron una imponente torreta a medio camino entre el caserío de Serraritxua (Orbebarria) y la carretera a Elgeta.

Para este segundo sondeo la maquinaria duplicó sus capacidades, siendo moderna y muy potente.

Trabajadores de la prospección.





ERINNERUNG
ELORRIO
1843-1892

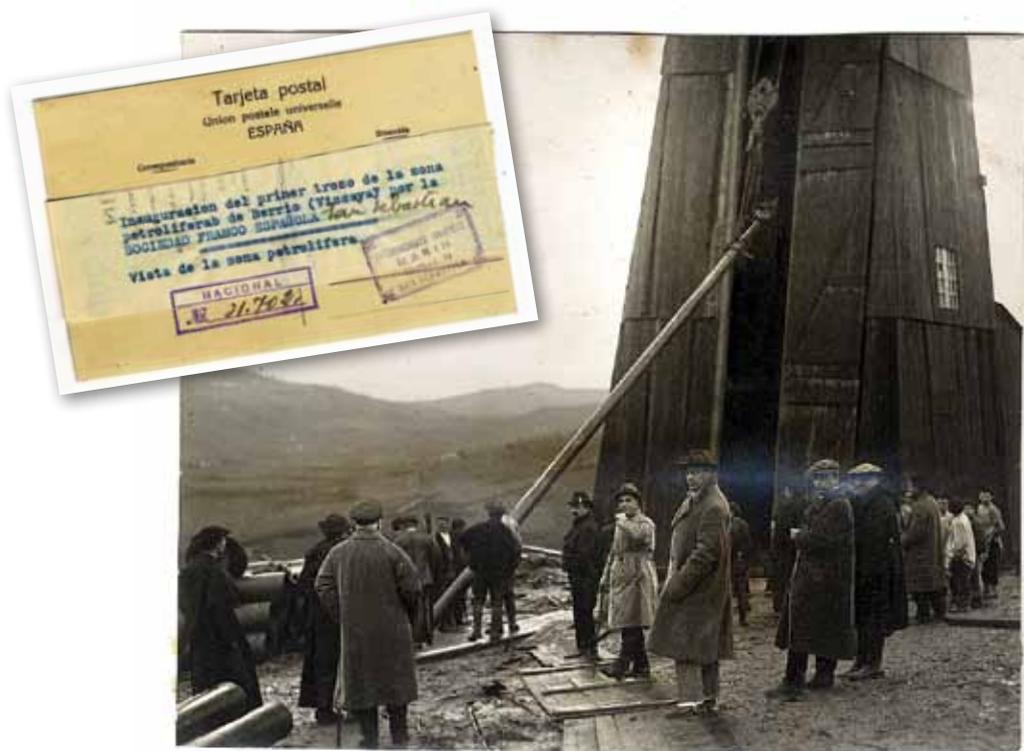
Entre el 22 de febrero de 1923 y el 22 de enero de 1925 se taladró un pozo que llegó a los 846 metros. Sin embargo, la falta de resultados puso también el punto y final a este ciclo de la fiebre del oro en Elorrio. No en vano los recursos económicos empleados fueron muy elevados e hicieron algo más que desgastar el bolsillo de los acaudalados bolsillos que financiaban el proyecto.

El soporte de la maquinaria petrolífera ha llegado a nuestros días en forma de fotografía de despedida. Aquella en la que se ve a todos los trabajadores brindando con vino. Así las cosas en 1925 los que fueron pioneros en estas lides levantaron sus copas en una imagen histórica que refleja el talante de los trabajadores y la enormidad de la obra acometida.

Legendas urbanas

A lo largo de la década que permanecieron en Elorrio los técnicos extranjeros pudieron disfrutar de la villa y sus habitantes. Hasta nuestra época han llegado anécdotas reconvertidas en auténticas leyendas urbanas, de las que a falta de testigos oculares vivos no puede contrastarse su veracidad. Se han quedado en mito local.

En ese marco encuadramos la historia del capataz ruso de terrible corpulencia que decían desayunaba media docena de huevos fritos. En caso de que la anfitriona-cocinera no contara con tamaño aperitivo, le tenía que ofrecer y preparar un menú de similar eficiencia calórica.



También se habla del técnico belga, de espíritu cazador, que todos los días, al dirigirse al pozo lo hacía cargando con su escopeta al hombro. Aprovechaba este trayecto para ir disparando contra gallo o gallina que encontrara a su paso. Unas carnicerías que después pagaba generosamente de su bolsillo a los dueños de los animales, para gracia de estos últimos.

Por supuesto, no faltaron las historias de amor. Como la de aquella elorriana que sucumbió a los encantos de uno de los apuestos hombres de pelo rubio y ojos azules. Una mujer que hubo de “escapar deshonorada” a la Alemania natal de su enamorado, tras quedar embarazada, sin haber pasado por el altar.

Sea como fuere, lo cierto, es que, una vez más, quedó demostrado que Elorrio, a pesar de su pequeñez, era capaz de albergar a hombres de carácter, entusiastas, adelantados a su tiempo, que miraban más allá de lo que el común de los mortales podían ver.

Las riquezas del subsuelo

A principios del siglo XX no hubo provincia que no sucumbiera a la fiebre del oro negro. Cádiz, Sevilla, Santander, Araba, Bizkaia, Burgos, Nafarroa, Gipuzkoa, Barcelona, Almería, Soria, Málaga, Albacete y Girona fueron, en este orden cronológico, las que, a partir de 1912, protagonizaron episodios de este tipo. En 1923, tras un pequeño impasse de dos años, arrancaron con mucha mayor profusión las prospecciones y los sondeos en busca del codiciado hidrocarburo.

En total y sumando las actuaciones de ambas épocas fueron un total 35 sondeos con cerca de 17.000 metros de profundidad horadados

La guerra civil supuso un nuevo parón en estos trabajos, que volvieron a vivir momentos estelares a partir de 1940. Todo ello alentado por el Instituto Geológico de España, que tres años más tarde, en 1943, en su memoria anual daba por buenas las afirmaciones que desvirtuaban categóricamente la anterior negativa de que el territorio peninsular no guardaba petróleo en su subsuelo.

La respuesta a tantos anhelos y esfuerzos llegó el 6 de junio de 1964. Entonces saltó a las primeras páginas de los periódicos, que el Pozo Ayoluen-go I del municipio burgalés de Sargentos de La Lora había escupido los primeros barriles de oro negro. La explotación se multiplicó por treinta. Unos pozos que no han dejado de funcionar en los últimos cuarenta años, extrayendo 19 millones de barriles de crudo, calculando los técnicos reservas entre 80 y 100 millones de barriles. Aunque pese sobre ellos la fragmentación del yacimiento y su baja calidad.

En 2002, Repsol vendió la explotación a la empresa británica Northern Petroleum, produciendo hoy en día 165 barriles de crudo diarios. La composición química de este petróleo la ha convertido en combustible para industrias vidrieras de Cantabria y el País Vasco. **■**

Lorea Madina

Periodista